

MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA: EL CATECISMO MENOR DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 40:
LOS DIEZ MANDAMIENTOS:
AMOR A LA PORCIÓN DEL SEÑOR
Preguntas 73-75



Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

- 39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
- 40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75**
- 41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
- 42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
- 43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
- 44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
- 45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
- 46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
- 47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
- 48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
- 49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
- 50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
- 51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
- 52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
- 53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
- 54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
- 55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
- 56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
- 57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
- 58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
- 59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
- 60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

40 LECCIÓN

LOS DIEZ MANDAMIENTOS: AMOR A LA PORCIÓN DEL SEÑOR

P. 73. *¿Cuál es el octavo mandamiento?*

R. El octavo mandamiento es: «No hurtarás».

P. 74. *¿Qué se requiere en el octavo mandamiento?*

R. El octavo mandamiento requiere que procuremos y promovamos lícitamente la prosperidad y bienestar nuestro, y el de los demás.

P. 75. *¿Qué se prohíbe en el octavo mandamiento?*

R. El octavo mandamiento prohíbe todo lo que impida, o tienda a impedir injustamente la prosperidad y bienestar tanto nuestro, como el de nuestro prójimo.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 40:

Continuando con nuestro estudio del Catecismo Menor, hemos llegado a la reflexión del octavo mandamiento. Una vez más, nos encontramos con la guía del Señor, en cuanto a cómo debemos amarlo, amando a nuestro prójimo.

Así que, la pregunta 73 dice, «¿Cuál es el octavo mandamiento?». —«El octavo mandamiento es: No hurtarás». «Hurtar» o «robar», es tomar ilícitamente de alguien algo que le pertenece,

debemos entender que el Señor ha dado a cada quien las cosas que poseen. Cuando tomamos de alguien cosas suyas sin su permiso, sin comprarlo, etc., eso es «hurtar».

Observemos la pregunta 74, «¿Qué se requiere en el octavo mandamiento?». —«El octavo mandamiento requiere que procuremos y promovamos lícitamente la prosperidad y bienestar nuestro, y el de los demás». «Procurar» significa que nos esforzamos por obtener algo. «Promover» significa que impulsemos el desarrollo de algo. Esto quiere decir que, no sólo se trata de la obtención y aumento de nuestra propia riqueza y bienestar externo (las cosas que nos conciernen en este tema), sino también de ayudar a otros en este aspecto. A menudo pensamos en «prosperidad» como si sólo significara «riquezas», tener mucho y en abundancia. Pero aquí, esta palabra significa de manera sencilla, cualquier cantidad que tengamos. Equivocadamente, se puede pensar en ella como la abundancia externa que tiene una persona. Si alguien sólo tiene diez dólares, esa es la cantidad de su riqueza, si alguien tiene un millón de dólares o más, esa es la cantidad de su riqueza. Sin embargo, no se debe reducir sólo a las finanzas o el dinero, esto abarca todas las cosas que pertenecen a una persona.

La pregunta 75 dice, «¿Qué se prohíbe en el octavo mandamiento?». —«El octavo mandamiento prohíbe todo lo que impida, o tienda a impedir injustamente la prosperidad y bienestar tanto nuestro, como el de nuestro prójimo». Podemos ver que este mandamiento se refiere al modo en que tratamos aquello que nos pertenece y aquello que pertenece a los demás. Veremos que lo que nos pertenece nos ha sido dado, o concedido como una porción de parte del Señor.

Así que, veamos tres puntos para nuestra lección. Primero, *la porción del Señor para nosotros*; segundo, *obtener y preservar la porción del Señor*, y tercero, *Abusando de la porción del Señor*.

1. *La porción del Señor para nosotros*

Primero, entendamos *la porción del Señor para nosotros*. Dios es dueño de todo lo que existe. Todo es suyo. Este es el punto de partida para nosotros en relación con nuestras pertenencias y las de los demás. Piensa que, cuando Salomón estaba por construir el templo para el Señor, Dios hizo que su pueblo trajera abundancia de cosas excelentes. Pero notemos las palabras del rey en 1 Crónicas 29, versículos 11 al 14. Él le dice a Dios, «Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos. Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos».

Aquel rey se dio cuenta de que todas las cosas que el pueblo estaba trayendo eran, en última instancia, cosas que desde siempre pertenecieron a Dios. Estas grandes ofrendas eran cosas que Dios les había dado. Y esto es importante para nosotros, tenemos que aceptarlo como un principio fundamental. Dios es dueño de todo. Él hizo todo, Él distribuye todo, todo es por Él, y todo es para Él. Si negamos o ignoramos este principio, estaremos abiertos a todo tipo de ideas erróneas sobre la propiedad y la riqueza.

Prestemos especial atención, si bien todo le pertenece a Dios, Él concede a los hombres una porción, según su buena voluntad. En su oración, Ana reconoció este mismo principio en 1 Samuel 2, versículos 7 y 8. Ella oró, reconociendo esto, diciendo: «Jehová empobrece, y él enriquece; abate, y enaltece. Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor. Porque de Jehová son las columnas de la tierra, y él afirmó sobre ellas el mundo». En otras palabras, el Señor ha asignado en su soberanía grandes riquezas a unos, y gran pobreza a otros. Esto no está en contra de trabajar duro y ser esforzado como un medio para ganar riqueza exterior. Simplemente, es notar que todo esto está bajo el control de Dios. Esto significa entonces que las propiedades que la gente tiene, las puede tener gracias a Dios.

Entendamos que, robar a alguien, ya sea a una persona, o a una empresa o negocio internacional, es fundamentalmente robarle a Dios, y negar su bondad y sabiduría. Además, debemos reconocer que, la propiedad privada es, en última instancia, una verdad dada por Dios. Dios ha dado a cada individuo algo que le pertenece. No podría existir el robo si no fuera porque las cosas pertenecen a alguien más. Robar es quitarle ilícitamente a alguien más, aquello que le pertenece.

«¿Es cierto que las personas son dueñas de las cosas?», se preguntan algunos. «¿Es cierto que existe la propiedad privada?», se preguntan otros. Algunos apelan a la iglesia primitiva, y dicen que la iglesia practicaba una especie de comunismo. También existe una idea que proclama: «la gente en realidad no tiene propiedad, todo en realidad pertenece a todos juntos». Por ejemplo, en Hechos 4, versículo 32, leemos: «Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común».

Sin embargo, podemos observar que esto no es negar la propiedad privada. Más bien, es una clara expresión de la gran libertad y amor que los creyentes tenían para hacer uso de su propiedad para el bien de los necesitados. Existe un ejemplo de esto en Hechos capítulo 5, el capítulo siguiente. Mientras los cristianos daban de sus bienes personales para apoyar a la iglesia, encontramos a dos de los primeros discípulos, Ananías y Safira, engañando a la iglesia en lo que ofrendaban. Ellos vendieron una propiedad por un cierto precio. Y entonces, para ganar la aprobación de la iglesia, y para mostrarse como si fueran bastante caritativos, dieron una parte del dinero de la venta, pero se quedaron con otra parte, y actuaron como si estuvieran dando el precio completo. Bien, observemos los versículos 1 y 2 del capítulo 5, leemos este mismo caso: «Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira su mujer, vendió una heredad, y sustrajo del precio, sabiéndolo también su mujer; y trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles».

Este es un pecado grave. No fue un pecado grave por el hecho de apartar para ellos una parte del precio. Fue grave porque mintieron y actuaron como si estuvieran ofrendando todo lo que recibieron por el precio de la venta. En otras palabras, estaban mintiendo y actuando como si fueran más generosos de lo que realmente eran. Prestemos atención a la reprensión de Pedro, en los versículos 3 y 4: «Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad?, reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentado a los hombres, sino a Dios». ¿Puedes ver cuál fue el pecado? No fue aferrarse a su propiedad. Cuando fue vendida, Pedro dijo, todavía estaba bajo tu poder, todavía era tuya para

hacer con ella lo que quisieras. En cambio, el pecado fue mentir y engañar. El punto es que la Biblia reconoce la propiedad privada. Lo que Dios ha dado a los hombres pertenece a los hombres. Es de ellos para usarlo para la gloria de Dios. Es de ellos para usarlo según sus necesidades y el sustento de otros, pero es de ellos.

2. Obtener y preservar la porción del Señor

En segundo lugar, veamos cómo *obtener y preservar la porción del Señor*. ¿Qué hacen los hombres para obtener y preservar lo que el Señor les ha concedido? Al escudriñar las Escrituras, vemos principalmente que hay dos maneras de obtener y preservar la riqueza, y de aumentar nuestro patrimonio. O se recibe algo como regalo gratuito, o se obtiene como consecuencia de un trabajo lícito y diligente. El trabajo, por supuesto, se recompensa con un pago, un salario o una provisión material.

Un regalo es la transferencia gratuita de lo que alguien posee a otra persona. Por ejemplo, cuando uno cumple años, un familiar o un amigo compra algo con su propio dinero. Es de ellos, pero luego te lo dan gratuitamente a ti. Eso es un regalo. En otras ocasiones, tal vez uno de los padres fallece, y se declara que sus hijos reciban del restante de las finanzas y las pertenencias materiales. Esta es una forma de regalo material. Podemos ver esto incluso en los acontecimientos mencionados en Hechos 4 y Hechos 5. Varios creyentes poseían cosas, vendían cosas, tomaban el dinero y daban regalos. Un regalo es dar algo que uno posee a otra persona.

Pero, debemos tener cuidado. A veces se dan regalos, pero se dan para sobornar a alguien. Así que, aunque no se está buscando, por así decirlo, el pago de vuelta de una manera material. Se está buscando tener influencia sobre alguien, y la Biblia nos advierte muy claramente sobre esos regalos pecaminosos. Pero los regalos lícitos, los regalos que se dan de manera correcta, se dan libremente, y deben ser recibidos con gratitud, hacia la persona que los da, y también, como hemos visto, con gratitud hacia a Dios, que es quien gobierna todo.

La otra forma ordinaria de obtener y preservar la porción del Señor es mediante el trabajo diligente. El Señor ha establecido que el trabajo sea la manera básica y principal para que obtengamos el sustento material para nosotros, nuestras familias, y para poder dar a otros. Leamos las palabras de Pablo en 2 Tesalonicenses 3, versículos 8 al 12. Él da su propio ejemplo: «Ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros; no porque no tuviésemos derecho, sino por daros nosotros mismos un ejemplo para que nos imitaseis. Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan».

Veremos algo de esto más adelante, por ahora, notemos, Pablo dice que él mismo trabajaba, y lo hacía junto con otros que lo acompañaban en su labor. Ellos no sólo llegaban a comerse la comida de otros, aunque tenían autoridad para hacerlo, ya que el ministro que está trabajando en el estudio de la palabra y en la oración, debe ser sostenido por aquellos a quienes ministra. Pero, para este caso en particular, él estaba dando un ejemplo para animar a otros a trabajar con sus propias manos, y así procurarse lo necesario para ellos. Este es el punto. Los hombres deben

trabajar. Eso es lo normal, trabajan en sus labores. Trabajan, ya sea como agricultor, o como mecánico, o como oficinista. Cualquiera que sea su trabajo, ellos hacen ese trabajo para luego recibir el pago que se les debe, para entonces poder satisfacer sus propias necesidades, y las necesidades de otros. Este es el punto principal. Que a través del trabajo diario obtenemos las finanzas para comprar lo que nosotros y nuestras familias necesitamos. O que realizamos cierto trabajo a cambio de lo que nosotros y nuestras familias necesitamos.

Además, analicemos que nuestro trabajo es la forma en que procuramos lo suficiente para nosotros y lo suficiente para mantener a otros que no pueden trabajar. Efesios 4:28 se dirige a los que solían robar: «El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad». ¿Cómo obtenemos nuestra riqueza y procuramos mantener a otros? Bueno, la manera principal es por medio del trabajo.

3. Abusando de la porción del Señor

Tercero, *abusando de la porción del Señor*. Abusamos de lo que el Señor nos da cuando hacemos una o varias de estas cosas: robar, lo cual se puede hacer engañando, mintiendo, y quitando; o dedicándonos a la pereza, cuando no trabajamos, o no trabajamos tan esforzadamente como deberíamos; o cuando apostamos, es decir, cuando buscamos obtener riquezas de una manera que no está de acuerdo con el orden de Dios. Robar es tomar ilícitamente de otro lo que es suyo. Pues bien, ¿qué habría que hacer en lugar de robar? Pues, como hemos visto, trabajar. Leímos y citamos antes Efesios 4: «El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad».

El trabajo no es sólo para que el trabajador tenga lo suficiente para sí mismo, sino para que también pueda mantener a otros que están necesitados. Es curioso, ¿no es así? Robar siempre tiene el interés de tomar sólo para nosotros mismos. Pero cuando trabajamos, no sólo lo hacemos para mantenernos a nosotros mismos y a nuestras familias, sino también para poder dar algo a los demás. Así que nuestro trabajo es tanto para nosotros, como para beneficio de los necesitados.

Robar de manera explícita no es la única forma de violar este mandamiento. Otra forma es la pereza. Un perezoso es una persona que puede trabajar, tiene la capacidad física y mental para trabajar, pero no trabaja. Esto puede suceder de dos maneras. La primera es cuando una persona es física y mentalmente capaz de trabajar en un empleo, pero por una variedad de pretextos, no trabaja en lo absoluto. La otra forma es cuando uno debería estar trabajando diligentemente, pero no se hace así. Analicemos estas dos formas.

Primeramente, la forma básica. Cada vez más hombres y mujeres, e incluso niños, piensan que sus superiores les deben el cuidado y sustento externos. Si bien es cierto que debemos ayudar y cuidar con amor a aquellos que no están bien y no pueden trabajar. Esto no implica que simplemente se abuse de este derecho, exigiendo que la gente nos dé lo que creemos que necesitamos. Antes nos hemos referido a 2 Tesalonicenses 3. Veamos el versículo 10. Pablo dice: «Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma». Ahora, es claro que algunos no pueden trabajar. Hay algunas personas que están físicamente discapacitadas, y legítimamente no pueden dedicarse al trabajo físico para ganar un salario. Estas personas necesitan ayuda caritativa, cuidados y asistencia. Y esto es parte

de amar a nuestro prójimo y apoyarlo. Sin embargo, cada vez es más frecuente que la gente no trabaje, no porque no pueda, sino porque no quiere. Estas personas piensan que ciertos trabajos no son dignos de ellas, que merecen un trabajo mejor.

Pues bien, la Biblia habla de esto, y llama a esas personas «perezosas». Lo vemos una y otra vez en los Proverbios. Notemos de manera especial Proverbios 26, versículos 13 al 16: «Dice el perezoso: El león está en el camino; el león está en las calles. Como la puerta gira sobre sus quicios, así el perezoso se vuelve en su cama. Mete el perezoso su mano en el plato; se cansa de llevarla a su boca. En su propia opinión el perezoso es más sabio que siete que sepan aconsejar». No es que no haya argumentos en su boca de por qué no están trabajando, el punto es que sus argumentos no son válidos. Frecuentemente, aquellos que son perezosos tienen muchas razones por las que no pueden trabajar. Sin embargo, al momento de ver si es cierto lo que dicen, resulta que sus cuerpos y mentes no tienen nada malo para trabajar, se puede ver que todo se trataba de meras excusas. Y si no quieren trabajar, no deberían recibir ayuda.

Veamos la otra forma de pereza, es decir, cuando a alguien le pagan por hacer un trabajo, pero no lo realiza como debería. Este sucede a menudo cuando a un trabajador se le paga por hora, y en lugar de trabajar diligentemente durante ese tiempo, encuentra a propósito maneras de holgazanear. En lugar de trabajar todo lo que pueda en esa hora, es irresponsable y no hace las cosas que debería hacer, y aun así espera que se le pague. Hay algunos trabajos en los que la gente tiene que ir en coche y entregar cosas, o tienen que ir a visitar ciertos lugares, y se les paga por las horas que están conduciendo. Pues bien, pueden estacionarse, y entrar a cualquier otro lugar, y perder el tiempo mientras acumula horas sin estar trabajando. Eso es pereza, y es una forma de robar. Hay muchas formas de hacerlo.

Seamos claros, los perezosos roban. Ya sea a través de su actitud negligente y holgazana, como tomando directamente aquello que no les pertenece. Cuando no tienen dinero, tienen que obtenerlo robando. Pero también pueden hacerlo indirectamente. Pensemos por un momento en los programas de asistencia social del gobierno, o en los organismos privados de beneficencia. Cuando alguien que puede trabajar no lo hace, y aun así recibe ayuda económica, es culpable de robar a los demás. No negamos que la Iglesia deba atender y cuidar a las personas y familias que realmente sufren dificultades económicas o no pueden trabajar. Esto es parte del cuidado amoroso que se debe brindar. Ni siquiera negamos que los gobiernos civiles deban ayudar a los ciudadanos que sufren una aflicción similar. Sin embargo, cuando esto se hace para personas que podrían trabajar, se trata de una situación pecaminosa.

Tomemos el ejemplo de los programas sociales del gobierno. Estos programas se financian con los impuestos de los ciudadanos. Estos ciudadanos trabajan para mantenerse a sí mismos y a sus familias. Sin embargo, una porción de sus ingresos ganados es tomada para los impuestos, y el gobierno toma esa porción, y de ella, destina algo para aquellos que no están trabajando, pero pueden trabajar. De esta manera, a los que trabajan se les quita su salario para dárselo a otros que no trabajan, pero podrían trabajar. Eso es robar.

Otra forma importante de robar es a través de los juegos de azar. Esto sucede cuando alguien hace una apuesta y utiliza un poco de dinero en un intento por obtener mucho más de vuelta. Es un intento de obtener riqueza sin trabajar. No es como un regalo gratis. Hay una apariencia de inversión, pero en realidad no es inversión. Es como hechar suertes delante del Señor, sin buscarlo seriamente. Si lo buscaran, trabajarían. Además, esto es a menudo motivado

por el deseo egoísta de obtener más, y es buscado sin una dependencia honesta y espiritual del Señor, en oración, y trabajando con diligencia.

Se podría decir mucho más, pero estas son las tres formas principales de robar. Además, debemos notar que no se necesita ser pobre para robar. También debemos preocuparnos por nuestro prójimo. Así que, los empresarios ricos podrían estar obstaculizando injustamente la prosperidad de otro al no pagarle un salario justo. Y eso también viola este mandamiento.

Para terminar, veamos unas cuantas aplicaciones prácticas. Primero, una cosa práctica que este mandamiento nos recuerda, es que debemos trabajar. Debemos entregarnos a nuestro trabajo. Ahora bien, no todos tenemos los mismos dones y vocación, y no todos ganaremos lo mismo a cambio de nuestro trabajo. Sin embargo, cualesquiera que sean nuestros dones y llamado, debemos dedicarnos a amar al Señor trabajando, y esperando que el Señor nos provea por medio de ese trabajo, para que entonces podamos proveer para nuestras familias y para otros. Y así, si queremos evitar robar, algo en lo que debemos ser diligentes es en trabajar. Recuerda que incluso la capacidad de trabajar es un don de Dios.

Por lo tanto, cuando pedimos en oración, «Danos hoy nuestro pan de cada día», y salimos y trabajamos duro, ganamos dinero, compramos la comida u otras cosas que necesitamos, y decimos: «Gracias, Señor, por darnos hoy nuestro pan de cada día». ¿Por qué hacemos eso? Porque trabajamos. Bueno, lo hacemos porque Dios no sólo nos dio la capacidad de trabajar, sino la oportunidad de trabajar, y luego, nos permite ganar dinero para comprar comida u otras cosas que necesitamos, y nos permite disfrutarlas. Todo viene de Dios. Y así, aunque estemos haciendo uso de estos medios de trabajo y procurando finanzas u otras provisiones, vemos que todo esto viene de Dios. Así que, junto con aquel rey de Israel, podemos decir: «Gracias, Dios, por esta bondadosa porción para nosotros».

Esto nos lleva a otra situación práctica. Debemos agradecer a Dios por la capacidad de trabajar. El mundo vive en una idea, un pensamiento fantasioso: «Quiero ser rico y adinerado para no tener que trabajar». Pero debemos recordar que el trabajo no es una consecuencia de la caída. Incluso antes de la caída, Adán y Eva debían trabajar. Adán debía cuidar del huerto del Edén. La consecuencia de la caída es que esta labor sería agotadora. Pero el trabajo en sí es bueno. Y cuando Dios nos da la capacidad de trabajar, debemos hacerlo para su gloria. Y no es sólo para nuestro propio beneficio egoísta. Es para nuestras necesidades, pero también para las de los demás. Y así damos gracias a Dios, porque nos utiliza a nosotros y a nuestro trabajo, no sólo para satisfacer nuestras necesidades, sino para apoyar y cuidar a otros que están necesitados. Esto es algo maravilloso que Dios nos da el privilegio de disfrutar.

Y finalmente, recuerda que tú y yo tenemos la responsabilidad, con amor, de cuidar y apoyar a otros que no pueden trabajar. No es que tengamos la responsabilidad de dar a todo el que nos lo pida. Pero cuando lícitamente hay personas con necesidades reales, es nuestra responsabilidad ayudarlas y cuidarlas. Esto lo hacemos orando y pidiendo al Señor. También lo hacemos dando y apoyándoles. Y esto lo hacemos con nuestro trabajo, así podemos obtener ganancias y dar de estas en apoyo a otros.

¿Cómo se hace esto correctamente? No se trata sólo de hacerlo y ya. No, esto comienza conociendo el amor de Dios hacia nosotros, su providencia. Piensa en lo llenas que están las Escrituras de este testimonio que Dios ha dado, Él dio a su Hijo unigénito; el regalo de Dios es la vida eterna. Reconozcamos estas verdades, que Dios da, toma de lo suyo, y nos lo da para nuestro bienestar. Esto puede ayudarnos, que, si trabajamos y obtenemos ganancias, no

pensemos simplemente: «Ahora, es mío». Sino que demos con amor a otros, como Dios nos ha dado a nosotros. Piensa en Jesucristo. Él es dueño de todas las cosas. Él ha hecho todas las cosas, pero da gratuitamente, habiendo trabajado amorosamente para nuestro bien eterno. Él da la vida eterna.

Si tú y yo queremos a evitar robar, y también queremos obtener nuestro sustento, y además queremos ayudar a otros, todo esto inicia cuando conozcamos el amor de Dios, y a medida que nuestro amor hacia Él aumente, y luego se multiplique hacia los que nos rodean. Que Dios nos bendiga para que crezcamos en esta muestra de amor.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.